

— ¡Nadie dispare!

— ¡Agruparse!...

— ¡Agruparse, ó nos fusilamos unos á otros!

Al fin se hizo oír la voz del mayor Tydgat; aguardamos un rato, no escuchamos nada y vinimos á comprender que no había tal enemigo y que la alarma provenía del primer disparo, que de seguro se había escapado del fusil de algún belga inexperto. Hubo que sacar el cañoncito que había caído con mulas y todo al fondo de una zanja; hubo que ponernos en orden y que apretar la formación dándonos mutuamente la mano para no caer; emprendimos la marcha nuevamente, y al peso de media noche, cuando todo el mundo descansaba en la chinaca ciudad de Tacámbaro, llegamos á ella silenciosamente, sin sonar clarines ni tambores. Nos echamos á dormir en el portalillo que circunda la plaza, y al día siguiente empezamos á darnos cuenta del paisaje que nos rodeaba.

Tacámbaro es todo menos un punto militar defendible. ¿Acaso nos mandaron allí, como aseguraban algunos, para ponernos en ridículo y darnos un disgusto? No sabría decirlo; pero sí aseguro que no hay nada más á propósito para creerlo que el fracaso que tuvimos de allí á poco. Tacámbaro está dominado por dos montañas; la Mesa, se llama la una, y la Loma, la otra, ambas famosas por las zalagardas que en ellas han ocurrido.

Siete eran entonces las manzanas que componían Tacámbaro; pocas las casas que presentaban alguna comodidad, y la iglesia, que era de fábrica netamente española, con soberbios contrafuertes y una torrecilla á medio acabar, servía unas veces de asilo á los pronunciados y otras al Dios de las misericordias; de fortaleza ó de cuartel, de templo ó de punto de reunión. Un arroyo que pasa por la orilla del lugar tiene algunos árboles á su vera, y la situación del caserío es irregular por demás, debido á que sigue la dirección del arroyo. Al llegar nos acomodamos ó nos acomodaron donde fué posible; había que molestar á los rojos y, por consecuencia, entre ellos de toda preferencia se repartió el gentío.

Llegó el domingo y llegaron con él los *resgatores* y los naturales, éstos ofreciendo los pollos gordos, el queso, la panela, el jocoqui y la fruta; aquéllos acaparándolo todo para revenderlo con ventaja. Nos introdujimos entre los compradores, y no sólo adquirimos más barato lo que habíamos menester, sino que á los que lo cataban les ofrecieron los indios buenas cantidades del aguardiente de la tierra, que no les parecía tan malo como era en realidad. A cambio de aquella granjería, los soldados enseñaron sus fusiles, el alcance que tenían y el mecanismo con que se manejaban, á todos los que quisieron ver una ú otra cosa.

Por la tarde me llamó el mayor Tydgat y me presentó

al doctor Lejeune (barbudo, viejo, buena cara y aspecto triste). Me tuvo parada un buen rato y luego dijo al doctor:

— ¿Conque insiste usted, por fin?

— Sin duda ninguna que insisto.

— ¿Y la opinión pública?

— ¿Cree usted acaso en la opinión pública de Tacámbaro?

— En la de Europa.

— ¡Ojalá que tan fácilmente pudieran llegar las noticias á Europa... siquiera fueran las malas!

— ¿No se dirá que nos aprovechamos de la debilidad de mujeres y niños?

— Nuestra seguridad es antes que todo.

— Es verdad... nuestra seguridad; pero resulta duro.

— Obre usted como quiera; mas extraño que sensiblerías sin ningún fundamento influyan tanto en el ánimo de un soldado de hierro.

Había dado en el clavo: ¡soldado de hierro! Sí, eso era el mayor Tydgat, soldado de hierro, y por cierto no de hierro dulce, sino del más tirante y duro de los hierros que hubiera.

— Bien, dijo, tiene usted razón; que vayan á buscarla... Van Haens, acompañe al doctor Lejeune, que va á desempeñar una comisión, y préstele la ayuda que necesite.

Salimos Lejeune y yo y llegamos á una casa que reci-

bía á los visitantes en la forma más grata y lisonjera, esto es, con descubierta y batidores de perfumes y de trinos que salían del gran jardín que la precedía; dos niños jugaban á la puerta, y una matrona de aspecto noble y fisonomía llena de pureza y corrección nos recibió con toda cordialidad.

— Dígale usted que venimos á catear su casa porque sabemos que aquí se ocultan armas y equipos de los disidentes, nos ordenó Lejeune.

— Pasen ustedes, dijo sin inmutarse la señora; pasen y serán bien recibidos: nada hay de lo que buscan.

— Aguárdeme usted aquí, me dispuso Lejeune; vuelvo en seguida.

— Y penetró al interior.

— ¡Ay, señor! ¿qué me irán á poner presa? me insinuó la dueña de la casa. Créame que lo siento por mis hijitos.

— ¿Tiene usted hijos?

— Tres tengo y son como unas orientales perlas; la más chiquita está aquí conmigo.

— Y separando el rebocillo me mostró una criatura sonrosada y llena de vida que dormía en el regazo materno con una gota de leche y una dulce sonrisa en los labios.

Oíamos bulla y estrépito en la parte dentro de la casa, pero no le dábamos, ó por lo menos no le daba yo, importancia ninguna, pues me figuraba que era nada más que el hurgar de los belgas en los muebles y objetos que tenían

necesidad de registrar. A poco volvió Lejeune con cara de triunfo.

— ¡Ah, hipócrita, condenada! ¿conque estaba usted de acuerdo con los bandidos y lo negaba con tantísima audacia?

— No sé á quién llama usted los bandidos, caballero, contestó dignamente la señora poniéndose en pie, ni por qué me insulta en mi propia casa... Si así se trata á las damas en la tierra de usted, prefiero ser mujer entre los bandidos á serlo entre los civilizadísimos belgas.

— Nos hemos encontrado con cartas del bandido Régules, agregó Lejeune un poco cortado.

— No se conoce aquí á semejante persona, ni puede usted haber encontrado cartas ni nada suyo. Aquí se conoce, y es el dueño de este pobre hogar, al señor general don Nicolás de Régules, que defiende con todas sus fuerzas de una invasión injusta y villana á la patria que eligió voluntariamente, á la patria de su esposa, á la patria de sus hijos.

— ¡Palabras, palabras! interrumpió Lejeune riéndose con risa sarcástica. ¿Cómo no ha de ser bandido quien se opone á que se establezca la paz en México, contando con un príncipe tan bueno como el emperador Maximiliano?

— No todos piensan como usted, señor, contestó briosamente la señora.

— Y esta silla de montar, estas dos yogas, esta terce-

rola y este horrible machete, ¿qué estaban haciendo aquí? ¿Acaso iba usted á defenderse con ellos?

— Bien pudiera ser, que á veces se tropieza con hombres para quienes ser mujer no es título bastante á la consideración y al respeto... No extrañe usted encontrar esas armas en la casa de un general, como no sería cosa asom-



brosa hallar libros en la casa de un licenciado, aunque estuviera ausente desde mucho tiempo antes.

— ¡Tonterías, tonterías! gritó con displicencia Lejeune. Usted se viene presa con nosotros.

— ¿Y mis hijos?

— Déjeles donde pueda.

— Conmigo irán.

— Que vengan, pero que sea pronto.

— En seguida.

Recogió la señora alguna ropa, dispuso que fuera tras ella una criada, me dió el brazo, cogió de la mano á la niña que podía andar, me entregó al niño mayor y empezamos á caminar seguidos de la curiosidad del pueblo entero, que se detenía á vernos pasar comprendiendo que había en aquello una horrible vejación que interesaba impedir.

Pero nadie impidió nada y la comitiva entró á la casa que servía de alojamiento á los oficiales belgas sin ver más que las caras espantadas que acompañaban á la señora en su camino.

Amaneció el día siguiente, y mi olfato mujeril, una vaga y secreta intuición, ó algo que existía en la atmósfera y se cernía en ella á modo de fantasma, de presentimiento, de tristeza indefinible y de inmensa soledad, me oprimía y me abrumaba, trayéndome inquietud y recelo. Me sentía quebrantada del cuerpo, sentía flojedad y melancolía y conocía que algo adverso nos iba á suceder. Comunicué mis temores al viejo sargento Gheude, mi amigo, y él se burló de ellos considerándolos del todo inmotivados.

— Tontería, me dijo; ¿crees tú tan necios á los chicanos para venir á medirse con los belgas, con el regi-

miento de la Emperatriz Carlota? Tú no lo sabes porque eres un infeliz, una criatura; pero yo, que he tomado lenguas y me he informado con muchísima cautela, sí estoy enterado de que apenas supieron que veníamos por acá, determinaron desbandarse yéndose cada uno por su lado... Figúrate si pensarán en hacernos frente sabiendo que somos, como quien dice nada, flamencos; y flamenco, según he leído en alguna parte, viene de flama, de llama, de lo que quema, de lo que incendia, y nosotros, por más que te asombres, somos eso, gente ardida y ardiente, incapaz de rendirse, ni de pedir paces, ni de concederlas: somos los primeros soldados del mundo, mal que les pese á estos francesillos insolentes y fanfarrones que quieren ponernos el pie encima y darnos la ley!... Lo que tú tienes es murria, es tristeza, es eso que le llaman nostalgia y que consiste en el afán de volver á la tierra natal. Habrás dejado por allá á la novia, á la querida... quizás á la madre ó al padre viejecillos y sin poder valerse... Tienes mucha razón en echarles de menos... También yo, cuando les recuerdo, lloro... lloro como en este momento estoy llorando; pero ¡qué diablo!... un soldado no llora... y luego, que me he encontrado un bálsamo para las penas y es el aguardiente que venden estos indios. Créemelo, es bueno, sirve contra la mortificación y la nostalgia, aprovecha á quien lo bebe, no es caro, y... hasta suelen regalarlo los indios... Raspa al principio, raspa un poco,

pero á las tres copas no te acuerdas de eso... Conque, toma mi consejo.

Bello tipo este de Gheude; era alto, alto como un pino, gordo hasta parecer monstruoso, con grande é hirsuta barba, voz estentórea y un continente de fiereza, de decisión, de furia, que no parecía sino que iba á comerse á los niños crudos. Era nativo de Bruselas, pero con su voz y su gesto le hacían parecer originario de las orillas del Danubio; con un gorro de pieles en la cabeza habría parecido un cosaco del Don dispuesto á destrozár á los enemigos del Czar.

Bien sabía yo que no era murria de la tierra nativa lo que me tenía triste y suspensa; pero tomando á buena parte las predicciones de Gheude, supuse que quizás el encontrarme en aquellos trotes de la vida militar, el disgusto de haber visto conducir presa á una mujer bella y buena y el hecho de no saber palabra de mi hija ni del cariz del negocio que allá me había conducido, me tenían así de melancólica y cariacontecida. Me acosté, pues, dormí como una bienaventurada, y cuando ya había luz me despertó un ruido extraño que me hizo parar la atención en lo que acontecía. No había pasado medio minuto cuando otro golpe igual, que derribó un buen trozo de la torta del jaharrado de la pared, me hizo comprender que eran cañonazos los que se disparaban y que probablemente nos atacaban los republicanos.

A nadie le deseo el momento aquel; estar segura de que era necesario batirse, demostrar ánimo, herir, matar y recibir balazos ó la muerte misma como lo más natural del mundo, era cosa que no podía comprender ni sabía cómo había de hacerse. Temblando, me aseguré la ropa, me embocé en mi capote, cogí mis armas y salí al patio, donde estaban mis compañeros más aterrorizados y llenos de espanto que yo.

— ¡Son los chinacos!

— ¡Están én la Mesa!

— ¡No, están en la Loma!

— ¡Traen artillería rayada!

— No importa, somos belgas.

— ¡Salgamos de aquí!

— ¡Reconcentrémonos á la iglesia!

— ¡Sí, á la iglesia; allí están nuestros compañeros!

— ¡Allí están nuestros oficiales!

— ¡Se van á ir escarmentados los señores chinacos!

— ¡Cantemos la *Brabançonne*!

— ¡No, la Marsellesa!

— ¡No, el *Chant de départ*!

Salimos afuera, pero todo estaba obscuro; una débil claridad que subía de la tierra más bien que bajar de la altura, permitía caminar sin obstáculos en la calle desempedrada y llena de baches. Violentamente trepamos á la torre, que por cierto quedaba dominada por cualquiera

de las eminencias cercanas, y de pronto no nos dimos cuenta de la situación ni comprendimos de dónde venía el ataque: enfrente, un tupido monte de chaparros que visto desde la altura parecía un conjunto de gentes que espíara cauteloso, dejando asomar las cabelleras crespas, y entreverados con ellas haces de varillas brillantes que se destacaban entre la bruma como las estalactitas de una gruta obscurísima: nada más se veía.

El cañoneo había cesado; los belgas empezaban á coronar las alturas de sus alojamientos, acababan de apoderarse de un borde de tierra situado en el atrio de la iglesia (borde que, en caso ofrecido, podía servir de parapeto), aspillaban cuantas puertas hallaban á la mano y se preparaban á resistir hasta lo último. Hubo un instante de espera, como si ambas partes quisieran tantear sus fuerzas y las del contrario; de repente, una llamarada de fuego incendió el cielo, se oyó el canto de un gallo, y como si hubiera sido señal convenida con anterioridad, tronó de nuevo el cañón, se movieron los haces de varillas brillantes, que se destacaban como estalactitas de una gruta y se oyó un clamoreo estridente, inarticulado, inmenso, más imponente porque no se distinguían en él voces claras ni se podía saber á quién se aclamaba ó á quién se deturpaba; pero impregnado de odio, de mala voluntad y de encono: así deben de haber gritado el ¡*Crucificalé!* los judíos que querían la muerte de Jesús.

Tras ese cañonazo vinieron otros muchos y no tardamos en ver bajar un tropel de chinacos organizados en tiradores y que venían á buscarnos llenos de furia.

— ¡Bien, bien, son nuestros! gritó el mayor Tydgat. Nos atacan á pecho descubierto y nosotros somos dueños de la altura. Hay que castigarles.

Y luego, dirigiéndose al jefe de la segunda compañía, le ordenó con gesto soberano:

— Capitán de Lannoy, me figuro que con vuestra gente bastará para escarmentar á esa canalla ¿Qué creéis?

— Claro que bastará, señor mayor.

Y volviéndose á sus subordinados, les gritó Lannoy:

— Vamos, amigos míos, mostrémonos á la altura de la misión con que se nos honra... ¡A la bayoneta; á ellos!...

Muchos que no pertenecían á la compañía de Lannoy salieron con la tropa de éste, así es que el contingente era casi doble de aquel con que se podía contar. Los chinacos esperaban á pie firme en una callecilla transversal, al abrigo de los fuegos de la parroquia y repechados contra las paredes. Los belgas aparecieron entonces; un corneta marchaba al lado del jefe tocando la carga incesantemente, rojo como un pavo y contoneándose con la marcialidad mayor que le era dable; un rayo de sol que había dorado el campanario había arrancado también al instrumento una nota de oro que parecía sonar al conjuro del astro como la estatua egipcia. Se oyó una des-

carga, y el mocetón que tocaba la trompeta cayó al suelo bañado en su sangre. El valiente Lannoy no hizo caso de la muerte del pobre muchacho.

— ¡A ellos!... seguía gritando con la espada en la mano; ¡á ellos, hijos míos; á ellos mis amigos!.. ¡A la bayoneta!.. ¡Viva Bélgica!

Un grupo se acercó al otro con el afán de destrucción, de muerte, de acabamiento.

— ¡Andenle, pelones!

— ¡Viva el Emperador!

— ¡Viva México!

— ¡Viva Maximiliano!

— ¡Adentro, muchachos!

— ¡Viva Bélgica!

— ¡Adentro, adentro! ¡no hay que cejar!... ¡Adentro!

Las dos facciones se mezclaron, se revolvieron, se confundieron; uniformes blancos y uniformes negros; quepis y sombreros con plumas de gallo; ligerísimos fusiles Minié y pesados mosquetes; rostros atezados y rostros rubicundos; cabelleras rubias y cabelleras negras todo se barajaba, se sobreponía, se empalmaba, y á manera de caleidoscopio unas veces la corriente india predominaba sobre la extranjera, otras la extranjera dominaba á la del país. Sin embargo, en aquel momento la ventaja iba siendo de los belgas; á cada golpe mataban ó herían á un enemigo; pero los enemigos eran tantos que esa misma



Las dos facciones se mezclaron, se revolvieron, se confundieron...